

EL POBLADO ORIENTALIZANTE DEL CASTILLO DE DOÑA BLANCA (PUERTO DE MENESTEO), EN EL PUERTO DE SANTA MARIA (CADIZ)

Pese a la importancia arqueológica de la Bahía de Cádiz, desde sus primeros establecimientos de la Edad del Cobre a época romana, los trabajos de investigación han sido irregulares y con escasa fortuna. Gadir, la fundación fenicia más antigua de Occidente, y más lejos Mesas de Asta, al pie de un estero del río Guadalquivir, han desdibujado, por la importancia de sus nombres históricos, una investigación ordenada y paciente que tuviese como fin el conocimiento del desarrollo cultural de esa zona. Gadir ha acaparado la atención, con justicia, de numerosas investigaciones, pero a cambio no ha proporcionado aún la información deseada. Su fundación que tuvo lugar, según VELEYO PATERCULO, hacia 1.100 a.C —unos ochenta años después de la caída de Troya—, no se ha confirmado, pues los restos excavados, que en su mayoría proceden de necrópolis, no son anteriores al siglo VI a.C, y se ignora el lugar de la ciudad fenicia arcaica, lo que para muchos supone todavía la esperanza de hallar, soterrados, los restos de finales del milenio II a.C. Sin embargo, es indudable su importancia en los aspectos políticos, comerciales y culturales, que impulsaron el desarrollo de la fase orientalizante andaluza. Y se posee paradójicamente más información de los centros indígenas que del propio núcleo gaditano.

Estas fueron las razones que me decidieron, en 1979, a iniciar los primeros trabajos arqueológicos en El Puerto de Santa María, en un montículo cercano que se denomina Castillo de Doña Blanca, que paso a paso ha ido desvelando una información necesaria y precisa para el conocimiento de la presencia fenicia en la Bahía gaditana. Y en ocho años de investigación —desde luego, no suficientes— puede ofrecerse un panorama arqueológico de tres mil años, anteriores a la Era cristiana.

La mención más antigua que conocemos del Castillo de Doña Blanca se debe al Padre Coloma quien, en su cuento «Caín», lo describe des-

(*) Profesor titular de la Universidad Autónoma de Madrid y Director de las Excavaciones Poblado de Doña Blanca.

de las Cruces, en el antiguo camino que conducía hacia Jerez. Vió, por aquella época, «un cerro árido, sin vegetación, cubierto de yerbas secas, que dejan asomar algún que otro murallón negro». E indica, además, que del Castillo de Sidueñas —allí ubicado— queda «una de sus ocho torres, la de Doña Blanca, que se alza sobre el cerro que cubre sus ruinas». De ello se deduce la existencia, visibles todavía, de restos de viviendas y de la muralla, que no puede ser otra que la de época turdetana o púnica de los siglos IV o III a.C.

Más tarde, en 1923, el presbítero jerezano D. Ventura F. López, en el diario *El Guadalete* del 7 de diciembre, asegura «que para encontrar la ciudad más antigua de Occidente había que excavar en el Castillo de Doña Blanca», pues había visto allí «vestigios de todas las civilizaciones... tumbas fenicias, con lápidas de caracteres ibéricos y tartesianos,... la calzada romana, atravesando a lo ancho la ciudad, y las murallas de ésta de más de tres metros de espesor...». Creyó, en efecto, con entusiasmo, que se trataban de los restos de la antigua ciudad de Tartesos. Como el Padre Coloma, pudo ver en pie restos de viviendas y de la muralla, pertenecientes al momento de abandono de la ciudad.

El erudito portuense, D. Francisco de Ciria Vergara, dedicó algunos años de su vida —catorce, según dice— al hallazgo del solar de la antigua Tartesos —que sitúa junto al Portal—, movido por la corriente y pasión investigadora del momento que impulsó A. Schulten, escribiendo entre el 18 de abril y el 11 de octubre de 1935, en el *Diario de Cádiz*, una serie de artículos que daban cuenta de sus descubrimientos. Dejó sin publicar un extenso manuscrito —sin fecha— sobre Tartesos, tal vez redactado en la década de los años cincuenta. Sitúa, en Doña Blanca, la Herma Gades y Portus Gaditanus, y advierte de los depredadores que, de noche, extraían «caprichosos objetos, figuras de diferentes tamaños, monedas gaditanas de la época fenicia, falos y amuletos de oscuro bronce, y cantaritas, lamparillas, lacrimatorios y anforitas de un rojo y fino barro», que «vendían a un anticuario de la ciudad, el cual siempre les recomendaba el mayor sigilo y ellos lo guardaban, pues el trabajo les proporcionaba un espléndido jornal». Esto debió ocurrir en los comienzos de la década de los años treinta.

En 1940 alcanzó aquellos parajes del Castillo de Doña Blanca el investigador alemán A. Schulten, que permaneció en Jerez una semana acompañado por César Pemán, con la intención de localizar el antiguo Puerto

de Menesteo, ubicado, según Estrabón, al norte de Cádiz y al sur del río Betis. Lo creyó localizado a medio camino entre Jerez y El Puerto de Santa María, en un cerro de unos 15 ó 20 metros de altura sobre el río Guadalete —el Castillo de Doña Blanca—, en el que se veían restos considerables de la antigua muralla, mampuestos para la construcción y muchos fragmentos de cerámicas romanas y prerromanas (A. Schulten: «Forschungen in Spanien. 1941», en *Archäologischer Anzeiger* 58, 1943, págs. 19-62: «beträchtliche Reste der alten Stadtmauer, viele Baustein und viele römische und vorrömische Scherben» —pág. 32). Publicó, además, su topografía, en la que marcaba un extenso tramo de muralla que permanecía todavía visible.

Pero todo ello no fue suficiente para que se emprendieran investigaciones metódicas en el yacimiento, pese a la insistencia posterior de C. Pemán en que allí se hallaba el antiguo Arx Gerontis, o Fortaleza de Gerión, que flanqueaba, como un guardián, la entrada hacia Tartesos, ni el interés mostrado durante las sesiones del V Symposium Internacional de Prehistoria y Protohistoria Peninsular, sobre Tartesos, celebrado en Jerez en septiembre de 1968. Recientemente, G. Chic García, después de unas prospecciones realizadas en el lugar, valoró como es debido su interés, como poblado protohistórico.

Lo que sigue, a partir de 1979, es la historia de los trabajos arqueológicos realizados por nosotros en el poblado, su necrópolis y en otros yacimientos de sus alrededores y más lejanos del término municipal de El Puerto de Santa María. Por lo que atañe a Doña Blanca, no tuvimos la suerte de advertir sobre el terreno ningún resto arquitectónico en pie y mucho menos su muralla, aunque sí vimos, con pesar, numerosos majanos de mampuestos, como despojos testimoniales de lo que se había conservado y visto poco antes. Los tractores y la ignorancia habían realizado su trabajo.

El paisaje costero, que hoy se ofrece al espectador, ha sufrido notables cambios desde la antigüedad y sería prolijo describirlos con pormenores (Figura 1). Además, gran parte de lo que se conoce, y aquí digamos, se debe a la labor paciente e investigadora de D. Juan Gavala Laborde en dos magníficos trabajos titulados «Cádiz y su bahía en el transcurso de los tiempos geológicos» (en *Asociación Española para el progreso de las Ciencias. Undécimo Congreso, Cádiz 1927*, tomo IV, Madrid 1928) y «El origen de las islas gaditanas» (una conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios Gaditanos el 4 de diciembre de 1971 y publicada por esa institución en la *Serie Argantonio*, número 2). De aquí se ex-

trae, por ejemplo, que el río Guadalete, que desemboca junto a la población de El Puerto de Santa María, lo hacía antaño cerca del Castillo de Doña Blanca, al pie de la Sierra de San Cristóbal por El Portal, hasta donde alcanzaban las aguas del mar, ampliándose la bahía hasta ese punto. En la actualidad, desde el pie de la Sierra de San Cristóbal hasta la costa, se expande una amplia marisma por la que discurre, sinuoso, el río Guadalete, y que fue rellenándose de barro y lodo desde, al menos, los siglos IV-III a.C hasta hoy, al punto que en los planos topográficos del siglo XVIII aún se dibujan numerosos brazos marinos y salinas. El río Salado, de aspecto insignificante, ensanchaba más su cauce y desembocadura y poseía también un régimen más caudaloso, lo que favoreció, en sus márgenes, numerosos establecimientos protohistóricos. Asimismo, por señalar otros aspectos, el tramo de costa desde este río hasta la ciudad retrocedía más al interior y descollaban varios islotes que posiblemente estuviesen habitados y hoy permanecen sumergidos. El Puerto de Santa María recortaba más su extensión y emergía, como un islote, el solar donde asienta el Castillo de San Marcos y el terreno aledaño, que ha proporcionado abundantes restos romanos. Todo ello configuraba una costa diferente, con núcleos intensos de asentamientos en lugares hoy deshabitados—como, por ejemplo, la Sierra de San Cristóbal y casi toda la campiña—, cuyo sentido sólo se explica si se tiene en cuenta la antigua topografía.

El Castillo de Doña Blanca se halla en un paisaje muy transformado, pues de ser, en su origen, un puerto en la costa, hoy es un lugar desolado y los limos del Guadalete han sustituido a las olas del mar, extendiéndose a sus pies una dilatada marisma hasta Valdelagrana. Se sitúa al pie de la Sierra de San Cristóbal, de relieve suave y escasa altura—la cota máxima no sobrepasa 130 metros—, sobre una pequeña elevación junto a la costa. Tal enclave, pues, sólo tuvo sentido como puerto (Figura 2).

El poblado, como se ve, es un montículo artificial de tendencia rectangular, que posee de este a oeste poco más de 300 metros y en torno a 200 metros en su eje norte-sur. Su altura es de 31 metros sobre el nivel del mar, y de ellos de 7 a 9 metros son los que ocupan los estratos arqueológicos. En su topografía se advierte una rampa de tierra alargada en su esquina sudeste y otra menor en la nordeste, que de algún modo deben guardar relación con la zona del puerto. Es posible que una depresión, hacia la zona sudoeste, indique el lugar de entrada a la ciudad.

A sus espaldas, y en la falda de la Sierra de San Cristóbal, se extiende la necrópolis, que ocupa una extensión de más de 100 Ha., y aquí se al-

zan pequeños montículos artificiales que cobijan a los enterramientos. Las prospecciones y excavaciones, hasta ahora realizadas, denotan la existencia de enterramientos colectivos bajo túmulos, cámaras excavadas en la roca —o hipogeos— y las que se construyen mediante paredes de mampostería. Y con seguridad otros tipos que todavía no han sido registrados. En el punto más alto de la Sierra, asienta un poblado de época púnica de los siglos IV-III a.C., de unas 4 ó 5 Ha. de extensión, y en sus estratos más bajos y laderas se extiende otro del Bronce Tardío y Final —siglos X y IX a.C.—. Un poblado aún más antiguo, de la Edad del Cobre, ocupa gran parte de La Dehesa, al este del Castillo de Doña Blanca y en baldíos municipales. Allí mismo se han excavado tumbas romanas de época tardía y restos del Bronce Final y púnicos. Señalemos, por último, los materiales del II milenio a.C que se han hallado, esparcidos, debajo del mismo montículo de Doña Blanca y entre las tumbas de la necrópolis. Todo ello configura un conjunto arqueológico de extraordinaria importancia.

Antes de iniciar, en 1979, los trabajos arqueológicos en el Castillo de Doña Blanca, conocíamos sólo unos cuantos fragmentos cerámicos, recogidos en su ladera sur, que insinuaban el gran interés que las excavaciones sistemáticas mostrarían poco después. Hoy podemos esbozar un panorama, ajustado, de su historia, pero los comienzos de esta tarea investigadora no han sido fáciles y pocas veces estuvimos seguros de llevar a cabo el programa de trabajo proyectado. Las dificultades estuvieron casi siempre en obtener el permiso necesario del propietario del terreno. De modo que la elección de las zonas de trabajos siempre estuvo condicionada hasta 1986, en que pudimos elegir libremente aquel punto que interesaba investigar.

Por ello, en 1979 y 1981 se excavó delante de la torre que da nombre al yacimiento, en una extensión de 140 metros cuadrados que, en algunos puntos, alcanzamos hasta 9 metros de profundidad, en donde se hallaban el suelo firme y los primeros testimonios de habitación. Estos sondeos fueron reveladores del interés de la excavación y ofrecieron, superpuestas, siete fases de la ciudad, desde el siglo VIII al III a.C.

Las excavaciones de 1982 y 1983 se efectuaron en la esquina sudeste del poblado, en un espacio no cultivado que lo ocupaba un basurero y un enorme majano de mampuestos, removidos por los tractores, como testimonio elocuente de la destrucción paulatina de estas ruinas. En ambas campañas se excavó más de mil metros cuadrados, despejando parte

de la muralla de época helenística, una calle y viviendas y almacenes de los siglos IV-III a.C, además de varios sondeos estratigráficos hasta los niveles más antiguos de este lugar. En el mes de diciembre, de 1982, se comenzó la excavación del poblado de la Edad del Cobre de La Dehesa.

Durante 1984 y 1985 los trabajos se proyectaron en el túmulo 1 de la necrópolis, que se denomina Las Cumbres, gracias a la gentileza y buen ánimo de D. Luis Romero Morales, propietario de los terrenos. Y agradecidos por ésto, le testimoniamos desde aquí nuestro más sincero afecto. Se ocupó el tiempo, asimismo, en la realización de varios sondeos en el poblado de Las Cumbres, junto al vértice geodésico, que ofreció un poblado de época púnica, de los siglos IV-III a.C.

Los trabajos realizados en 1986 y 1987 se centraron en la zona iniciada en las campañas de 1982-83 y en el espigón cercano al puerto; además, en un enterramiento excavado en la roca del milenio II a.C.

Pero vayamos a los resultados de los trabajos. La ocupación más antigua de la zona se sitúa en La Dehesa y el montículo en donde más tarde se asentó el poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca. Se han hallado aquí cabañas circulares, con cimentaciones bajas de mampuestos y paredes de tapial, otras estructuras de menor tamaño, excavadas en la roca, que pudieron servir de almacenes o silos, y un elenco cerámico fabricado a mano que se data en un momento avanzado de la Edad del Cobre —segunda mitad del milenio III a.C—. Cabañas similares, pero más tardías, se han localizado en los estratos inferiores del Castillo de Doña Blanca, que han proporcionado materiales campaniformes que justifican esta fecha más avanzada. En general, los materiales denotan un parentesco cultural con el Bajo Guadalquivir y Huelva. La economía de estas comunidades primitivas se basan en la ganadería, la pesca y probablemente en la industria de la sal, como acontece en otros poblados costeros atlánticos contemporáneos.

No se sabe cuándo ocurrió el abandono de este poblado ni si el lugar estuvo habitado durante el segundo milenio a.C, aunque hay indicios razonables que sugieren núcleos de habitación de este momento —o Bronce Pleno—. Un enterramiento, excavado en el verano de 1987 —en estudio— puede pertenecer a esta época, y sugiere que por allí estuvo el poblado, acaso en la Sierra de San Cristóbal.

Más seguridad se posee de la ubicación del poblamiento del Bronce Tardío y Final, de finales del segundo milenio a.C, que se extiende por

Las Cumbres y sus laderas hasta Las Cruces. Son las gentes asentadas en la zona a la llegada de los primeros colonos orientales. Los materiales conocidos proceden de prospecciones y aún no se han excavado sistemáticamente sus viviendas. De todos modos, por los restos existentes, debió haber un núcleo intenso de poblamiento indígena a la llegada de los primeros fenicios.

En los primeros decenios del siglo VIII a.C se hallan en el Castillo de Doña Blanca los primeros vestigios fenicios, asociados desde este momento a núcleos de habitación diferentes a los indígenas. Así, por ejemplo, las cabañas circulares, semiexcavadas en el suelo y de estructura vegetales, se sustituyen por viviendas de varias habitaciones, rectangulares o de plantas cuadradas, que construyen sus paredes de mampuestos y las revocan de arcilla y cal. Se advierten, pues, los primeros atisbos de un urbanismo planificado y técnicas constructivas orientales.

Las excavaciones de 1987, en la zona del espigón junto al puerto, han exhumado veinte habitaciones del siglo VIII a.C, que corresponden probablemente a un barrio fenicio. Aprovecharon una pequeña elevación del terreno sobre las que dispusieron, de forma aterrazada, las viviendas, separadas por calles estrechas y pasadizos, que conectaban entre ellas, hasta alcanzar la zona más baja en que se hallaba el puerto. Las puertas se sitúan en las esquinas de las viviendas y se enmarcan con sillares perfectamente escuadrados. En las habitaciones se han hallado, a veces, bancos de arcilla adosados a las paredes, hogares y, en dos ocasiones, hornos domésticos de pan, que consisten simplemente en una plataforma circular con un suelo de losas y una estructura cupulada de arcilla, provista de una puertecilla. En su caso, un pequeño espacio rectangular contenía un vaso de grandes proporciones, o tinaja, y delante un poyete precedido de un escalón, consistente en un sillar alargado, y decorado mediante conchas marinas.

El aspecto que este barrio ofrecía es el de cualquier pueblo nuestro andaluz, ajustado en terrazas al terreno, de una o dos plantas, paredes blancas, suelos rojos y calles estrechas de tierra y piedras. La techumbre pudo construirse mediante un armazón de madera y una cubierta vegetal. Son, en efecto, los comienzos del urbanismo mediterráneo en el sur andaluz.

Desde los comienzos, el poblado se rodeó de una muralla, que nos ha sorprendido por su consistencia, traza y perfección técnica. Es por ahora

la primera obra de ingeniería militar que conocemos en el extremo occidental del Mediterráneo. Se ha conservado, en la zona del espigón, hasta una altura de más de dos metros y asienta en un zócalo que adquiere diferente altura según el terreno en que apoya; su anchura es de 1.50 metros y está construida mediante sillarejos, de pequeño tamaño, bien escuadrados en sus caras visibles y ripios que rellenan los intersticios. Suponemos que debía alcanzar una altura entre cinco y seis metros. La planta ofrece un sistema de cajas de indudable raíz oriental; es decir, la muralla se dispone con dos paramentos paralelos y muros transversales, que despejan habitaciones cuadradas o rectangulares, usadas como talleres y almacenes y con una función defensiva, pues rellenoando estos espacios de tierra y cascajos se originaba una estructura maciza de 7 u 8 metros de grosor, prácticamente inexpugnable con los medios ofensivos del momento. Es la primera muralla de esta especie hallada en la Península Ibérica, del mismo tipo que las orientales de la costa mediterránea.

Los materiales a torno denotan la existencia de una comunidad fenicia aquí establecida, y son similares a los que son propios de las metrópolis orientales. Lo que distingue a la cerámica fenicia de este momento son las recubriciones de las paredes mediante un engobe rojo, que consiste en una arcilla de ese color muy tamizada, y se aplica por el interior de platos, páteras y por el exterior de vasos oinocóes. Las urnas y vasos de mayor tamaño se decoran mediante amplias bandas de engobe rojo que suelen alternar con filetes estrechos negros. Para la iluminación se sirven de lucernas, o platitos —para contener el aceite— provistos de una piqueta para la sujeción de la mecha. Además, y como manifestación de las actividades comerciales emprendidas, son frecuentes las ánforas que se denominan «de saco» y poseen bordes engrosados, bocas estrechas y cuerpos anchos de sección piriforme, características de las colonias fenicias de Oriente y del Mediterráneo. Cabe mencionar, por último, pequeños jarritos o «ampollas», para ungüentos o aceite.

Los datos, hasta ahora existentes, permiten asegurar la existencia de un poblado indígena en el momento de la llegada fenicia, asentado en la Sierra de San Cristóbal y en sus laderas, que pronto asimiló los aportes culturales semitas. Junto al material fenicio se han recogido platos y copas a mano, de superficies bruñidas castañas o grisáceas, que decoran a veces sus interiores mediante diseños geométricos bruñidos, y se realizan mediante la aplicación de un punzón de hueso o madera sobre la superficie endurecida y aún no cocida en el horno. Son frecuentes también los

grandes vasos para contener alimentos y agua, que se denominan «à char-don», y poseen cuellos altos acampanados y cuerpos ovoides, además de ollas muy toscas y superficies oscuras. Es la cerámica característica del Bronce Final tartésica de Andalucía Occidental.

Los materiales de esta época invitan a reconsiderar la fecha histórica de 1100 a.C para la fundación de Gadir, según los cálculos de Veleyo Patérculo, de tan gran interés para determinar el comienzo de la colonización fenicia y de la protohistoria andaluza. Los materiales fenicios, antes indicados, se fechán en la primera mitad del siglo VIII a.C, por sus similitudes tipológicas y decorativas con las que se hallan en la metrópolis oriental de Tiro y en ciudades cercanas, de donde surgió la iniciativa que condujo a sus empresas ultramar hasta el extremo del Mediterráneo occidental. La fundación de Gadir sucedió a comienzos del siglo VIII a.C, como se deduce de los resultados obtenidos en el Castillo de Doña Blanca, que refleja, como un espejo, los acontecimientos gaditanos.

En los primeros decenios del siglo VII a.C se remodeló la ciudad, ampliando su extensión. Las viviendas ofrecen muros bien contruidos con zócalos de mampuestos y paredes de adobes o tapial, revocadas de arcilla y enlucidas de cal, continuando el modelo iniciado cien años antes. Se advierte un aumento de población en el propio poblado, en su entorno inmediato y en la campiña, como consecuencia del desarrollo productivo y comercial iniciado con anterioridad. Se han hallado poblados en la campiña, datados en el siglo VII a.C, cuya ocupación se debió a la atracción que supuso la creciente prosperidad económica.

Durante esta época, los tipos cerámicos dominantes son a torno, al tiempo que se concretan las formas clásicas de los fenicios occidentales, es decir, los que vivían en el entorno cultural de la bahía gaditana. Es una etapa de gran desarrollo industrial y económico, y desde la bahía, se inició un comercio sin precedentes a lo largo del Guadalquivir y sus afluentes, por el Guadalete hasta el interior de la sierra, Extremadura, sudeste y levante peninsular —influjos fenicios se han detectado en Castellón—, e incluso en Ibiza, al tiempo que los nautas gaditanos alcanzaron la costa occidental de Marruecos. A través del comercio, el medio día peninsular fue adquiriendo características culturales orientales, concretándose un período que se ha denominado «Orientalizante».

Consecuencias de estos contactos fueron el surgimiento de un urbanismo planificado al modo oriental y de clases sociales estratificadas, de-

bido a las actividades productivas y comerciales, la introducción del torno de alfarero, que produjo la sustitución paulatina de la vajilla indígena a mano por la recién traída fenicia, y del uso de nuevas técnicas para la extracción de los metales y de procesos metalúrgicos, el empleo del hierro y de la escritura, el desarrollo de un comercio inusitado, tanto al interior como al exterior, y el de actividades metalúrgicas para la elaboración de objetos de bronce y plata y de técnicas complicadas de orfebrería, el uso de piezas de marfil, en donde se desplegó una amplia iconografía oriental, y en religión, la introducción de templos, dioses fenicios y sus cultos, por citar los aspectos más significativos.

Durante el siglo VI a.C., y más bien a mediados de este siglo, evolucionan, en Doña Blanca, los tipos cerámicos a torno, lo que sugiere cambios culturales, y aparecen de forma tímida materiales griegos importados, traídos por comerciantes griegos focenses del Mediterráneo oriental. Se percibe, además, una cierta decadencia constructiva, como muestran los restos exhumados, y menos potencia estratigráfica.

En general, es una época inestable y de cambios políticos en el Mediterráneo. La causa probable de este desequilibrio fue la caída de Tiro, hacia 573 a.C., bajo el dominio asirio, lo que supuso para las colonias fenicias occidentales la pérdida de un mercado adonde iban dirigidas mayoritariamente las mercancías durante los siglos VIII y VII a.C. Se añade a ello que, desde los comienzos del siglo VI a.C., se inició un comercio activo griego oriental, principalmente hacia Tartesos, ubicado en Huelva, como sugieren las excavaciones que en la actualidad se realizan en aquella ciudad.

¿Qué síntomas se advierten en la Península Ibérica y en el área de influencia gaditana? Por ejemplo, la factoría fenicia malagueña de Guadalhorce —en la desembocadura de ese río— se abandonó en los primeros decenios del siglo VI a.C., iniciándose una nueva fase que trajo consigo cambios en su contexto material. Este hecho se ha relacionado con el abandono, por la misma época, de la factoría cercana de Toscanos —en la desembocadura del río de Vélez—, la construcción precipitada y sin gran cuidado técnico de la muralla alledaña de Alarcón, como si se hubiese hecho a la vista de un peligro inminente, y el cese del comercio fenicio con los poblados del sudeste peninsular y los mercados norteafricanos. Todo ello sugiere una época de cambios de los centros de gravedad políticos y comerciales, en la que Cartago surgió como una potencia en el mar.

Durante los primeros decenios del siglo V a.C., el poblado de Doña Blanca adquiere una estructura regulada en calles e insulas, que son las que parcialmente se han excavado en estos años. Los tipos cerámicos evolucionan hacia las formas clásicas turdetanas, que aquí mantienen la tradición púnica u orientalizante. No obstante, contra la que pudiera parecer, la crisis económica que sufrió la región onubense —donde con seguridad se ubicaba el emporio comercial de Tartesos—, desde fines del siglo VI a.C., no parece haber repercutido notoriamente en la región gaditana, surgiendo, desde el siglo V a.C. o poco antes, una industria floreciente de salazones y sus derivados, como sugieren más de veinte núcleos de pequeñas factorías de carácter familiar en la costa portuense, que comerció con mercados de la Grecia continental —Atenas, Olimpia y Corinto—. Aún así, la crisis alcanzó a la agricultura y ganadería, advirtiéndose un despoblamiento más o menos generalizado en el bajo Guadalquivir y campiña gaditana.

Desde el último cuarto del siglo V a.C. —o quizás desde mediados— aumentan las importaciones áticas en Doña Blanca, lo que sugiere unos vínculos más estrechos por medio del comercio de los salazones, mientras que determinadas formas cerámicas insinúan contactos con el norte de África. A la par, se configura el repertorio cerámico turdetano, que caracteriza la segunda Edad del Hierro en Andalucía. Quizás sea ésto lo más notable y que se haya rastreado en las investigaciones efectuadas en este yacimiento.

A mediados del siglo IV a.C., y durante toda su segunda mitad, las relaciones con el norte de África parecen ser más intensas y se manifiestan en hallazgos de ánforas y de cerámicas rojas que imitan formas y decoraciones estampilladas griegas, de las halladas en Kuass y que, si tenemos en cuenta el gran número encontrado por ahora en Doña Blanca, deben suponerse de producción local y de la bahía gaditana. Es probable que estos contactos se deban al segundo tratado entre Roma y Cartago del 348 a.C., que favorecía a la política cartaginesa en España.

A finales del siglo III a.C., el poblado de Castillo del de Doña Blanca se abandonó, sin que hasta el momento se hayan detectado las razones verdaderas, que a lo peor nunca sabremos. No obstante, quizás se deba a causas naturales, es decir, a los aluviones del río que, desde mediados del siglo IV a.C., fueron rellenando poco a poco su desembocadura y el puerto, que había justificado la existencia de ese poblado. Mas también se observan síntomas de violencia, como las destrucciones, hasta los cimien-

tos, de determinados tramos de la muralla y el hallazgo de bolas de catapultas en la zona del puerto, que hablan claramente de un asedio, y de potentes estratos de cenizas en el mismo lugar, que sugieren lo mismo. Y aún más, pues la muralla muestra vestigios de reparaciones precipitadas y de continuo, para evitar lo peor, y adviértese, por vez primera en el poblado, un tramo de muralla que se denomina de «cremallera» —o sea, de planta zigzagueante—, como manifestación de los nuevos sistemas defensivos ingenieros por arquitectos macedonios a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. Señalemos, por último, el hallazgo de un tesoro de monedas hispanocartaginesas —56 en total— en el interior de un almacén, abandonadas allí, junto a ánforas repletas de su contenido, ante la amenaza de un peligro que se creyó inminente y fatal. Si pudiésemos correlacionar cronológicamente todas estas observaciones, el final del poblado de Doña Blanca acaeció en época de Asdrúbal o Aníbal que lo asediaron seriamente, en los últimos decenios del siglo III a.C.

Pocos son los restos romanos que se han hallado, por el momento, en el Castillo de Doña Blanca, y los existentes tal vez se deben a un núcleo poco numeroso de habitantes. Y no fue hasta los siglos XII y XIII, cuando otra vez se asentó otra pequeña comunidad, en época almohade. Lo más reciente es la torre vigía —datada en el siglo XV— que aún se ve en pie y da nombre al yacimiento.

Quizás sea oportuno, por último, preguntarnos por el nombre de esta ciudad que en la actualidad se la conoce como Castillo de Doña Blanca. Hasta ahora no hemos hallado ninguna inscripción, ni grafito, que nos indique su verdadero nombre. Pero, siguiendo a Estrabón (III. 1.9), un autor griego que escribió en el siglo I a.C un libro sobre la geografía de España, dice que, después de Cádiz, «sigue el puerto llamado de Menesteo, y el estero que está junto a Asta y Nabrisa... Inmediatamente después se halla la desembocadura del Betis, dividida en dos brazos; la isla comprendida entre ambas bocas abarca un trecho de costa que tiene cien estadios o más, según algunos. Allí es donde se encuentra el oráculo de Menesteo y donde se alza el «kaipíonos Pýrgos» (o Faro de Cipión), construido sobre rocas a las que circundan las olas...». El Puerto de Menesteo es mencionado también por Tolomeo, que escribió en el siglo II d.C y compuso su Geografía basada en las coordenadas celestes, en donde se menciona el nombre de la ciudad y el lugar que ocupa en el planisferio, señalando los grados y minutos en relación a un paralelo y a un meridiano. Y Marciano, escritor del siglo IV d.C, describió la situación y distancia

entre diversos puntos situados entre el Estrecho de Gibraltar y el río Guadiana; entre ellos, menciona la distancia ante el Templo de Juno y Puerto de Menesteo, de 30 a 42 km.

En verdad, son muy imprecisas las informaciones que aportan estas fuentes. Por Estrabón se sabe que el Puerto de Menesteo se hallaba en los alrededores de Cádiz, pero este autor nunca estuvo en España y la topografía ha variado notablemente en lo que respecta a la línea de la antigua costa y al curso de sus ríos. Además, su descripción es muy general y tiene en cuenta una costa, que no conoció, y que no es la que en la actualidad existe. En cuanto a Marciano, habría que localizar primero la ubicación exacta del Templo de Juno —probablemente en Conil— y determinar con más precisión la distancia.

El Puerto de Menesteo se hallaba en los alrededores de Cádiz y, en este punto, están de acuerdo la mayoría de los investigadores que se han ocupado del tema. García Bellido lo sitúa en El Puerto de Santa María y Schulten en el Castillo de Doña Blanca. En mi opinión, el Puerto de Menesteo se refiere a una ciudad protohistórica situada en la costa y que fuese un lugar apto como puerto. Menesteo fue el jefe de las tropas ateniense en Troya y recorrió el mundo fundando ciudades en Asia Menor, sur de Italia y España. Lo probable es que el puerto, al que se refieren, tenga raíces protohistóricas y la suficiente entidad para ser mencionado entre las principales ciudades de Iberia. Doña Blanca no fue una fundación griega —como sugiere el nombre de Menesteo—, sino fenicia, pero sería un emporio, durante el siglo VI a.C, que comerciaba con los griegos focenses en su ruta hacia Tartesos, al que darían como nombre Puerto de Menesteo, es decir, el topónimo con el que los griegos lo conocían. El Castillo de Doña Blanca ofrece características culturales que convienen a las que creemos para el Puerto de Menesteo.

Por El Puerto de Santa María corren rumores de hallazgos submarinos, cercanos al Castillo de Santa Catalina, que, de ser ciertos, podrían esclarecer definitivamente esta duda. Son sólo noticias, o bulos, que nunca han sido precisas, y probablemente mal intencionadas, dichas con la inconsciencia del que ignora el esfuerzo que supone una labor investigadora. Se ha hablado de la existencia de un casco griego —por la descripción que de él se ha hecho—, de vasos de alabastro y de otras piezas de prestigio de bronce e incluso de oro, recogidas en los alrededores de las ruinas de un edificio, asentado en un islote y hoy sumergido, en las playas que se extienden desde La Puntilla hasta el Castillo de Santa Catalina.

Las gestiones no han dado resultados y todavía, después de un año, nos hallamos anhelantes por saber la verdad de estas afirmaciones, de tanto interés para desvelar el enigma de la ubicación del Puerto de Menesteo y el oráculo del mismo nombre.

Hasta aquí, los resultados sintetizados de unas investigaciones arqueológicas emprendidas en 1979, en el Castillo de Doña Blanca —Puerto de Menesteo— y que esperamos ampliar en otros artículos de esta misma revista.

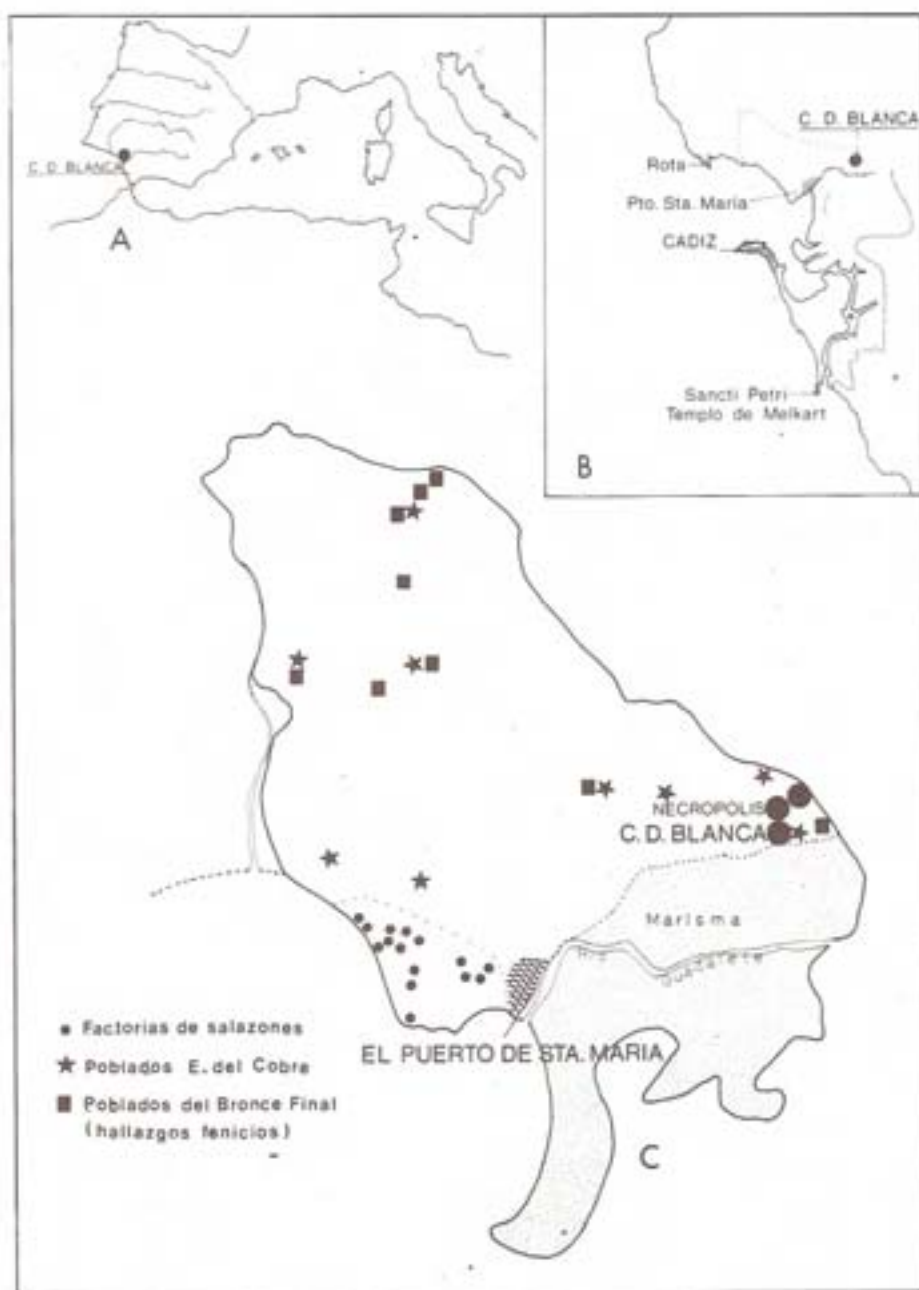


Figura 1.- Yacimientos arqueológicos de El Puerto de Santa María.

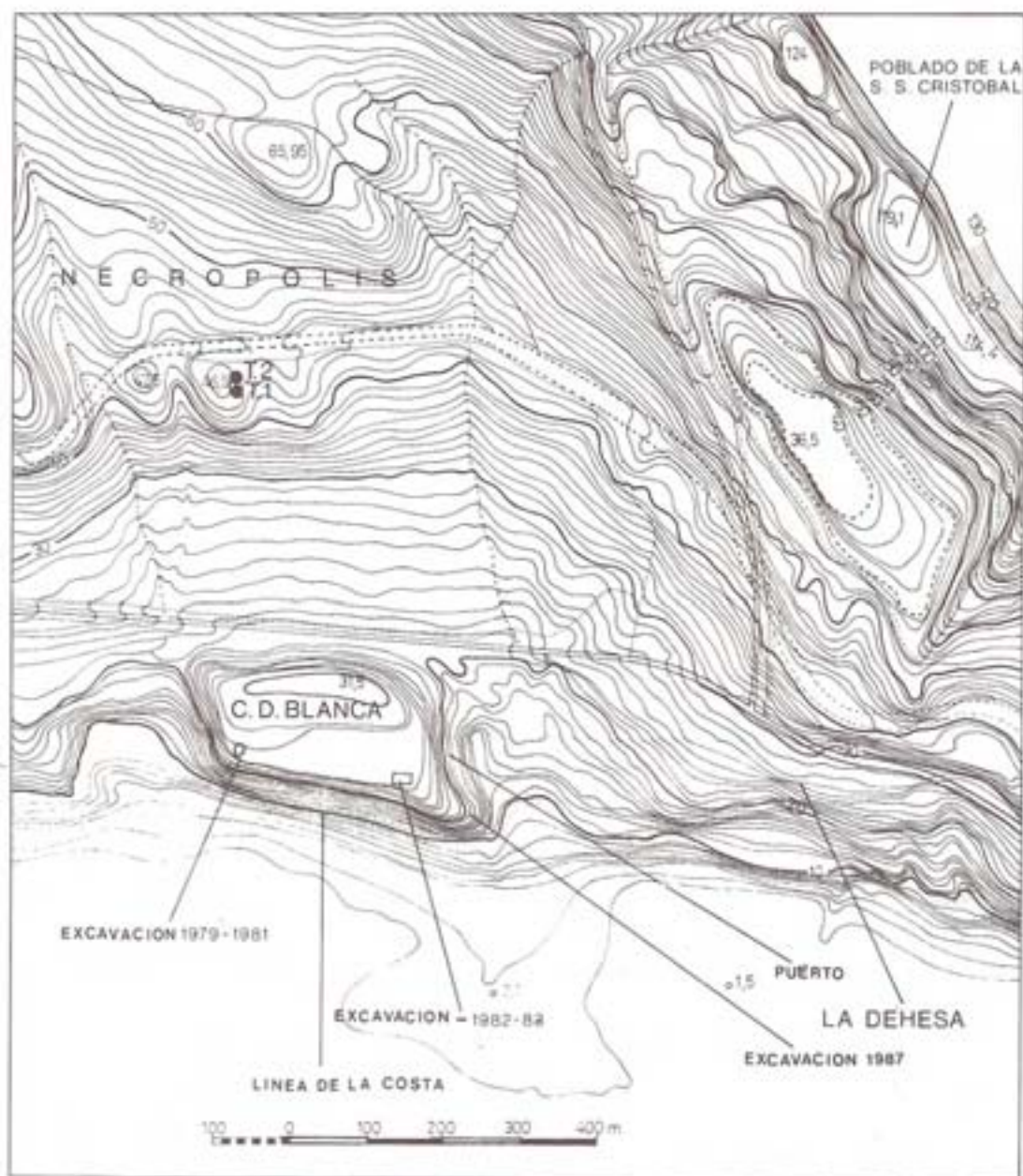


Figura 2-
Plano topográfico del conjunto arqueológico del Castillo de Doña Blanca.